

# 13 PREGUNTAS A LAS FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS (F.A.R.)

(formuladas por otra organización  
armada argentina)

1. ¿Sobre qué bases político-ideológicas se a dado el acuerdo de Uds. con los compañeros de las FAP y Montoneros?

Respuesta: Los vietnamitas señalan que la conciencia política permite al revolucionario reconocer la fuerza social capaz de encabezar la lucha por el poder así como distinguir al enemigo principal a enfrentar en cada momento. A la vez hacen ver que sólo una ideología revolucionaria permite establecer con claridad los objetivos finales que deben guiar a ese enfrentamiento. Si es cierto que la política es "el arte de las decisiones posibles" entonces la política revolucionaria tiene que traducirse en Argentina en decisiones que conduzcan a la clase obrera a la conquista del Poder. Como lo marca el Che, debe encontrar los atajos que hagan esa conquista a la vez más próxima y más segura.

En ese sentido, Política e Ideología son para nosotros dos ingredientes inseparables entre sí e inseparables de un tercero: Organización. No puede ser de otro modo cuando estos ingredientes definen una Estrategia de Poder. Y si no lo definen no tendremos ni política ni ideología ni organización revolucionaria.

En lo político, FAP-FAR-Montoneros coincidimos en valorar al peronismo como la experiencia decisiva de la clase obrera argentina en cuanto a su comprensión de que el problema clave es el del control del Poder Político. Como lo señalamos en diversos documentos esa fue la experiencia de una participación combativa y un desalojamiento violento del aparato del Estado y de su instrumentación política favorable a los intereses populares. Y nada enseña tanto como las derrotas circunstanciales.

Pensamos que lo que hace perdurable al peronismo es su condición de identidad política de la clase obrera argentina convertida por esa experiencia y esa identidad en una fuerza social cuyos intereses históricos no pueden satisfacerse en el marco del sistema capitalista. Consideramos a la clase obrera peronista un polo de atracción de otras fuerzas sociales no proletarias que solo podrán salir de su situación de postergación social y económica adhiriendo a la lucha protagonizada por la clase obrera: el movimiento estudiantil y la intelectualidad, la pequeña-burguesía asalariada, el campesinado pobre, etc.

En el campo enemigo nos encontramos ante una dictadura oligárquica en la que forman bloque los grandes terratenientes con el gran capital financiero e industrial monopolista, bajo la tutela del imperialismo yanqui que aprovecha nuestra situación de país capitalista dependiente para llevarse la parte del león en la ex-

"Nuevo Hombre" ha recibido este documento por correo y lo ofrece a sus lectores con la seguridad de que su conocimiento es fundamental para la adecuada lectura de la actual realidad argentina.

plotación de los trabajadores argentinos

En estos 16 años la oligarquía no ha podido estabilizar su dominio jaqueado por las diversas formas de la presión popular. Eso la ha obligado a una permanente violación de su propia legalidad (fusilamientos sin pena de muerte, desconocimiento de las victorias electorales peronistas, destitución de presidentes "constitucionales") y a una progresiva militarización del aparato estatal. La llamada Revolución Argentina ha terminado de descender los velos: ha dejado claro que las FFAA son la vanguardia político-militar de la burguesía argentina.

En su permanente intento de recuperar el equilibrio, detener el impulso de las masas y extinguir la vocación de rebeldía que supone la fidelidad de nuestro pueblo a su experiencia y a su líder, el partido militar se ha lanzado por fin abiertamente a su experimento más audaz: la promoción de un pacto con todos los sectores que pretenden hacer del peronismo una doctrina de la conciliación de clases limitadas a reconocer a los trabajadores el derecho a una mejor distribución del ingreso. Ese pacto aspira a superar la antinomia peronismo-antiperonismo pacíficamente y se apoya sobre concesiones mutuas que ni rozan los problemas fundamentales: se le hace un lugarcito al Partido Justicialista dentro del conjunto de partidos burgueses reflatados por el Gran Acuerdo Nacional, se cambia el lenguaje con respecto a Perón y se archivan los argos con los que antes se lo descalificaba. Por fin, se rodea a la devolución de los restos secuestrados y profanados de Evita de un clima de respeto y elevación moral, como corresponde entre caballeros. Por esa vía se monta un proceso electoral destinado a consagrar este Acuerdo previo a dotarlo de la dosis de legalidad y representatividad que las descaradas violacio-

nes oligárquicas a las reglas constitucionales terminaron por quitarle a su dominio.

El GAN tiene la virtud de reagrupar a todos los enemigos del pueblo peronista, haciendo visible un lento y complejo proceso de desplazamiento de sectores sociales de un campo a otro de la contradicción fundamental.

Este ciclo comienza para nosotros en 1945. Es entonces cuando la clase obrera se enfrenta en bloque, en la escena política, a sus máximos enemigos históricos: la gran burguesía industrial, terrateniente financiera y el imperialismo yanqui. Hoy, en 1971, todos los aliados de la clase obrera, que fue quien gestó el 17 de Octubre, han abandonado su campo: el Ejército y la Jerarquía Eclesiástica, como "miembros plenos" del campo oligárquico; la pequeña y mediana industria sometida, al doble fuego de sus asalariados —que luchan por mejorar sus sueldos— y del capital monopolista —que ha venido dándole golpes demoleedores— y ubicada a raíz de esa situación en una ambigua posición intermedia llena de esperanzas de que llegue algún gobierno paternal y la saque de su crisis sin cambiar radicalmente el sistema social y su modo de producción.

Sus condenas abstractas a los monopolios, sus referencias a la necesidad del Desarrollo y la Integración Nacional, sin definir las condiciones que harían posible tales metas caracterizan hoy a este sector y coinciden a la vez con las formulaciones de la burocracia sindical. Esta capa social —por encima de los diversos estilos que pueden distinguirse en su seno— desde el participacionismo más dócil hasta los expertos en "ladrar para negociar", ha terminado por convertirse en allada objetiva y en algunos casos consciente del bloque oligárquico y en especial de su sector hegemónico,

la burguesía industrial monopolista. En efecto le prestan el servicio de limitar su oposición a algunos aspectos de la política económica (salarios, costo de la vida, etc.). Por incómoda que esta oposición resulte en ciertos casos, en tiempos de crisis como los que vive la Nación tiene la virtud de plantear los problemas en términos de reformas y evolución y no en términos de enfrentamiento político total, de transformación revolucionaria de las relaciones de producción. Y no ocurre esto porque la burocracia no haga política, sino porque la suya es la política burguesa de la clase obrera, cuyo rasgo más típico es el no cuestionamiento del problema del Poder, la fijación de sus límites en el nivel de la lucha económica el ocultamiento del carácter irreconciliable de las contradicciones entre las clases explotadas y las explotadoras.

La burocracia no ignora el riesgo de quedar sin el respaldo de las bases trabajadores y sus patrones tampoco. De modo que se ladra para negociar y se negocia el derecho de seguir ladrando, de tocar el bombo, decirse peronista. Ese peronismo, es, a esta altura, una buena vacuna para la crisis crónica de la Argentina dependiente. Estos servicios se completan con buena dosis de macchietismo y con la delación policial bien organizada. Y para no quemarse del todo allí están los taparrabos de la "Dirección Política": los Paladino, los Camus y Cia. que ellos se encargan de bailar públicamente la danza del Gran Acuerdo Nacional. Pero son todos pájaros de la misma especie, pues confían en que cambiando algo se puede impedir que cambien todo.

Ante esa situación hay quienes postulan que la contradicción política fundamental en Argentina ha dejado de ser peronismo-antiperonismo. Afirmar eso es conceder valor de verdad a las declaraciones del enemigo y negarse a interpretar el sentido de sus acciones efectivas: del '55 a nuestros días, qué otro propósito lo guía sino el de impedir que nuestro pueblo recupere el peso decisivo que tuvo durante el gobierno peronista y, ponga en práctica todas las lecciones que extrajo de su derrota?

La herencia de la experiencia peronista no es soportable para la oligarquía, ni siquiera en el plano económico: el capitalismo dependiente argentino no ha podido ni podrá reconocerle a la clase trabajadora la posición de la que gozó en la distribución del ingreso, ni restituirle plenamente los logros sociales y culturales que le fueron arrebatados.

Eso explica la eficacia que ha tenido hasta hoy la táctica de desgaste que pusiera en práctica el General Perón desde el golpe de Setiembre: aún moviéndose con instrumentos tácticos carentes de dimensión revolucionaria, como

los sectores reformistas que hemos caracterizado pudo colocar siempre el umbral de reclamos y exigencias por encima de las posibilidades de concesión del enemigo. De ese modo sembró la discordia en sus filas y quitó estabilidad y margen de maniobra a sus sucesivos regímenes.

Ahora bien, esta táctica tiene sus costos para el campo popular y Perón no lo ignora. Para poder darle este tipo de jaque al enemigo hay que jugar con sus propias reglas. Limitamos su ofensiva, la obstruimos pero también limitamos y obstruimos la nuestra. Para ganar esta pulseada hacen falta otras tácticas, otros métodos. Esas tácticas nuevas sólo pueden movilizarse con la perspectiva estratégica del poder popular. Con la certidumbre de que no hay pequeños cambios que valgan, de que la alternativa es la que señalaba el Che: o revolución socialista o caricatura de revolución.

Por eso es que pensamos que la hora del Gran Acuerdo Oligárquico es también la hora de un peronismo capaz de completar el ciclo de Liberación Nacional abierto en 1945 con una lucha sin tregua por la Liberación Social de todos los argentinos explotados. Y esta hora no es precisamente "La Hora del Pueblo", sino la de la Guerra del Pueblo.

Estas precisiones tienen para nosotros una enorme importancia. Decretar con Lanusse y Paladino que la antinomia peronismo-antiperonismo ha sido superada, reemplazarla "desde una perspectiva revolucionaria" por la contradicción clase obrera-burguesía, es olvidar que lo que hace de esa clase una fuerza social capaz de disputar el control del Estado, es la experiencia recogida en sus enfrentamientos con otras clases y fracciones, en sus alianzas circunstanciales, en sus victorias o derrotas parciales. Y resultaría difícil no reconocer que la historia del peronismo podría resumirse para los trabajadores con la frase de Lenin: "Todo es ilusión, menos el poder". Tan difícil como no reconocer que han aprendido a aspirar a ese Poder como peronistas.

Estamos convencidos de que el único modo de violentar el equilibrio inestable entre la dictadura oligárquica y la presión popular, el único modo de desenmascarar definitivamente sus trampas es desencadenar una guerra civil revolucionaria. Para ello es preciso enfrentar al Ejército opresor un Ejército popular. Y si en el proceso de construcción de ese Ejército los errores militares se pagan con la vida y la libertad de muchos compañeros, los errores políticos se pagan más caros todavía: terminan por quitarle eficacia histórica real al sacrificio de esos compañeros.

En lo que resta de esta respuesta, trataremos de sintetizar las normas estratégico-tácticas que guían nuestro trabajo y los objetivos de largo plazo que nos mueven a realizarlo.

—La práctica de la violencia revolucionaria es la mejor prédica acerca de su valor irremplazable para obligar al enemigo a que de, a su vez, los pasos necesarios para que la situación se agudice más y más.

—La puesta en práctica de la violencia revolucionaria, si se quiere lograr continuidad y progresividad en el accionar, requiere una rigurosa técnica organizativa (que garantice la clandestinidad) y una cuidadosa técnica militar (que asegure la superioridad táctica). En este terreno no se pueden despreñar los detalles, porque todo reposa sobre ellos. Toda irresponsabilidad significa un tanto que se le concede al enemigo.

—Las acciones guerrilleras son un foco irradiador de conciencia acerca de la posibilidad del cambio revolucionario, al que un largo y conflictivo proceso de lucha de clases ha demostrado como necesario. Sólo comprendiendo a fon-

do la lógica de ese proceso es posible capitalizar los factores positivos y neutralizar los factores negativos que en él han madurado.

—La lucha guerrillera es una lucha política, dentro de la cual la guerrilla es un método al servicio de una Estrategia de Poder. Como quedó dicho esa estrategia se apoya sobre elementos ideológicos y organizativos. Su meta final irrenunciable: la conquista del Poder Político por la clase obrera. Su instrumento estratégico irremplazable: el Ejército del Pueblo.

—El Ejército del Pueblo es una organización político-militar de masas. Es la vanguardia de la clase obrera y de los restantes sectores populares alineados tras ella en la lucha por la Patria Justa y Soberana, la Argentina Socialista. Como instrumento de Poder Popular, el Ejército del Pueblo no disocia lo político de lo militar. Por el contrario, arma SU política. Otro tanto hace el enemigo. Triunfaremos si somos capaces de desarmarla.

—El Estado burgués ha preparado largamente sus defensas contra las fuerzas liberadoras. No lo sorprenderemos ni podremos capturarlo de un zarpazo. Las movilizaciones masivas de carácter insurreccional no son una alternativa a la construcción del Ejército del Pueblo; son la máxima demostración de su necesidad histórica, puesto que sólo él puede aprovechar realmente el impulso de las masas y evitar que el contraataque represivo recupere cuanto le había sido arrebatado. La conquista del poder será necesariamente un esfuerzo prolongado. El que lo sea más o menos depende del grado de cohesión de las fuerzas revolucionarias.

—Si bien todas las tareas militares revolucionarias tienen un sentido político, no todas las tareas políticas tienen una componente militar inmediata. En otras palabras, el combate armado no es la única forma de desarrollar la Guerra del Pueblo. Una vasta gama de tareas de todo tipo hacen posible cada combate de las fuerzas populares. A la vez, el crecimiento de su capacidad combativa hace posible y necesario extender y profundizar el trabajo en todos sus aspectos. Lo fundamental no es que ese trabajo se haga en el corto plazo con armas o sin ellas, sino que se realice conscientemente con la perspectiva de la guerra revolucionaria y se vaya articulando en el marco de una estrategia común. Eso hará que las armas estén donde hagan falta.

—Con respecto al tipo de sociedad por la que luchamos: sabemos que el único modo de terminar con la explotación, de impedir que las relaciones entre los hombres estén reguladas por el dinero y que el trabajo sea un simple medio de supervivencia, es construir una Argentina Socialista sobre las cenizas del Estado burgués, reemplazándolo por un nuevo poder —el de un Estado obrero— y por instituciones nuevas destinadas a aplicar ese Poder a la puesta en marcha de la nueva sociedad.

2. ¿Cuáles han sido las principales dificultades que enfrentaron en el curso de las conversaciones, discusiones, intercambio de opiniones, etc. con las FAP y los Montoneros?

Respuesta: Es necesario distinguir entre la relación con las FAP y la relación con los Montoneros: la primera es mucho más vieja —comienza poco después del operativo Minimax—. A la segunda llegamos en febrero de este año, con muchas cuestiones ya elaboradas.

Nosotros nos movíamos para mediados del '69 con un conocimiento incompleto de la experiencia real vivida por nuestro pueblo. La mayoría de nosotros tenía una información libresca. Nuestra teoría no era todavía un instrumento práctico. La relación

con las FAP nos permitió conocer más de cerca una etapa crucial como la de la Resistencia, y adentrarnos en los problemas del Movimiento: sus luchas, sus fracasos, sus esperanzas. Aprendimos a llamar por sus nombres a los mártires y a los tráfugas, a los que soñaban con el poder para su clase y a los amantes del poder para sí mismos. Y el método de análisis que hasta entonces había sido para muchos de nosotros más que nada, un vocabulario comenzó a responder al desafío de los hechos.

Teníamos dos posibilidades: quedarnos en lo anecdótico y hacer del Movimiento un mundo de buenos luchando contra malos o intentar una interpretación de la historia del Movimiento en términos de los intereses económicos, políticos e ideológicos de sus diversos sectores manifestados por su ubicación dentro de las contradicciones de la sociedad nacional.

Nuestro ideologismo y cierta tendencia al folklorismo que caracterizaba a las FAP para esa época, fueron las trabas más importantes que debimos superar. Los dos temas más debatidos fueron el fenómeno burocrático y la valoración del papel de Perón; una vez que creímos verlos claros "descubrimos" que éramos peronistas.

Con los Montoneros las primeras discusiones giraron alrededor de la idea del "brazo armado" (es decir, su propósito de convertirse en brazo armado del Movimiento). Ellos ya venían haciéndolo internamente y a esa altura la consideraban prácticamente una metáfora. De todos modos, no es una metáfora clara, y al avanzar juntos en el análisis del Movimiento, en el momento actual vimos que lo correcto era dejarla de lado.

3. ¿Qué grado de importancia asignaron en esas discusiones a los problemas específicamente nacionales y los continentales e intercontinentales?

Respuesta: cuando las discusiones políticas giran alrededor de la necesidad de formular por la afirmativa y aplicar con eficacia una Estrategia de Poder —y ese es nuestro caso— los elementos continentales e intercontinentales a tomar en cuenta, son fundamentalmente los que determinan aspectos significativos de la situación nacional. En ese sentido pueden indicarse: las fluctuaciones del mercado mundial, ante las que un país capitalista dependiente y exportador de productos agropecuarios como el nuestro, es sumamente vulnerable; las aventuras y desventuras del imperialismo yanqui en el campo mundial, que tarde o temprano se refleja en nuestro escenario (desde el tutelaje político, económico y militar al que nos tiene sometidos); los sucesos, directa o indirectamente políticos, que se viven en Latinoamérica (especialmente en el Cono Sur) dada la gran resonancia que tienen entre nosotros, tanto por la vecindad como la comunidad histórica, lingüística, etc.

No tener en cuenta estos elementos nos llevaría a una imagen desdibujada de la realidad sobre la que tenemos que trabajar. En cambio, no seríamos más "internacionalistas" si invirtiéramos tanto o más tiempo en el análisis y toma de posición sobre otros aspectos de la situación internacional. Porque para ser internacionalistas hay que ser ante todo, revolucionarios; y esto no supone hoy destruir un Estado capitalista universal y genérico, sino de enfrentar y vencer determinadas fuerzas sociales reaccionarias, con un determinado control de la situación, es decir, con una determinada correlación de fuerzas en el campo popular.

Esa correlación de fuerzas depende de un conjunto de factores que individualizan y distinguen a cada formación social, creando un marco nacional específico para la lucha revolucionaria contemporánea. Es sólo dentro de este marco

que esa lucha, al desarrollarse con rigor alcanza una clara proyección continental y mundial.

Por varias razones: el enemigo al que se enfrenta es un bloque oligárquico nacional asociado con el imperialismo yanqui y respaldado por él, en todos los campos; todos los pueblos de Latinoamérica tienen ante sí el mismo imperialismo con los mismos compromisos (por cierto la situación interna es distinta en los casos de Cuba, Chile y Perú); lo anterior hace que resulte difícil concebir la liberación aislada de algún país hermano y le asigne valor estratégico a subunidades continentales como el Cono Sur, Colombia-Venezuela, etc.; la expansión mundial de la hegemonía del imperialismo yanqui lo lleva a hacer de sus crisis las crisis del "mundo occidental" y lo convierte en inquieto gendarme de los pueblos del Tercer Mundo (habría que extender esa categoría a la situación de algunos países del viejo continente, como Grecia, inclusive llevarla hasta la del pueblo negro, gran cáncer en las entrañas del coloso imperialista).

Por fin y esto no es lo menos decisivo, no hay que olvidar la naturaleza de la sociedad que queremos construir: sin explotación y, por lo tanto, sin fronteras artificiales.

4. — La fraternidad verdadera que emerge y se consolida a través de la lucha contra el enemigo común, crea fuertes lazos afectivos, ¿cómo han jugado éstos en sus conversaciones con los Montos?

Respuesta: Es cierto, fuertes lazos afectivos nos unen con todos los revolucionarios. Cada triunfo es festejado y cada tropiezo es lamentado como propio. Pero a la vez esa fraternidad concreta nos brinda la posibilidad de la mayor intransigencia en la lucha ideológica y en la confrontación política y organizativa. En el caso de las OAP, nada de lo que se realiza en una de ellas es aceptado incondicionalmente por las otras. Los acuerdos se construyen sin concesiones. Es el único modo de hacerlos perdurables.

5. — ¿Consideran unificadas las tres organizaciones o ven la unidad como un proceso que debe desenvolverse necesariamente a través de una práctica común?

Respuesta: No hemos llegado aún a la unificación total, porque queremos lograrla del modo al cual hacemos referencia en el punto anterior. Creemos que es mucho más seguro reconocer la provisoriedad y la imperfección relativa de cada etapa de la relación a la que llegamos y nos otorguemos los grados de unificación que esa etapa ya hace posibles. A la vez, esos pasos de confluencia nos permiten encarar mejor los problemas pendientes.

Todo el proceso está muy condicionado por las situaciones concretas de cada regional. Por eso hemos ido creando ámbitos orgánicos de intercambio en todas las regionales; en ellos se discuten las definiciones políticas y estratégicas y se impulsan las experiencias concretas comunes. Queda todavía por esta vía, lograr una buena síntesis nacional de lo que se va alcanzando. Los temas en discusión se refieren sobre todo al modo de encarar la extensión de la guerra. La superación de la etapa en la que la guerrilla opera como foco relativamente aislado de las masas no se decreta de palabra: se consigue mediante un continuo esfuerzo de consolidación del aparato técnico-militar y con la experimentación de modos operacionales y de formas organizativas adecuadas para vincular a la guerrilla con las otras formas de lucha popular. Hay aquí innumerables desafíos a responder y un amplio terreno para la polémica.

6. — ¿No constituyen —atendiendo a este último criterio— un frente de organizaciones peronistas?

Respuesta: No. En las respuestas anteriores se ve claro que no po-  
(Continúa en la pág. siguiente)

# 13 PREGUNTAS...

(Viene de la pág. anterior)

demostremos ser un frente. Fundar un frente sería cristalizar las contradicciones: lo que hacemos es trabajarlas intensamente en la búsqueda de un acuerdo total.

Formar un frente implicaría también que reconocemos representar diversos intereses, y las tres organizaciones están de acuerdo en que no podemos aspirar a otra cosa que representar los intereses históricos de los trabajadores argentinos.

7. — ¿Qué grado de independencia política y organizativa conserva cada una de las organizaciones?

Respuesta: La independencia política y organizativa de cada organización sigue siendo total, puesto que, como dijimos antes, no avanzamos juntos sino en la medida en que estamos de acuerdo.

8. — ¿Consideran ustedes que sólo explicitándose como "peronistas" tiene una organización las reales posibilidades de hegemonizar el proceso revolucionario?

Respuesta: Es posible responder sencillamente: "sí", pero preguntas como ésta requieren algunas precisiones para que la afirmación tenga pleno sentido. En primer lugar, cuando las FAR se "explicitan" peronistas, no están haciendo ni más ni menos que asumirse como militantes de la causa del proletariado nacional.

En segundo lugar, hay que situar mejor el concepto de hegemonía: hemos dicho por qué pensamos que la única fuerza social que puede disputar con éxito el poder político en Argentina es la clase obrera peronista. En ese sentido es ella y son sus intereses históricos los que van a hegemonizar el proceso revolucionario. Por supuesto, sólo podrá hacerlo en la medida en que se dote de un instrumento de poder, de un Ejército del Pueblo.

La identidad política de esa fuerza popular organizada será sin duda el peronismo del pueblo. Pero su hegemonía no descansará en el hecho de explicitarse como peronista, sino en el jugar en los hechos su papel de vanguardia político-militar de la clase obrera argentina.

9. — Como parte integrante del movimiento peronista, ¿estiman ustedes las acciones armadas como suficientes para diferenciarse de las corrientes burguesas que conviven en él?

Respuesta: No es posible olvidar que, en la medida en que supera en los hechos los límites del control represivo sobre el que se apoya la legalidad burguesa, toda operación armada —independientemente de su finalidad específica— tiene una significación política. El combate queda definido por eso como nuestra máxima forma de expresión política y, a la vez, como la mejor medida de la eficacia alcanzada en el esfuerzo de construcción organizativa.

En otras palabras, no se trata de sumar la lucha política a las acciones armadas, sino de comprender que ha llegado el momento de armar nuestra política, si queremos vencer.

Como ya lo señalamos, la guerrilla es un método al servicio de una estrategia de Poder. Su desarrollo es precedido y acompañado por diversas formas de la lucha popular; y la guerrilla no se hace guerra del pueblo si no se vincula estrechamente con esas otras formas de enfrentamiento y rebeldía, si no se las estimula, si no se les brinda nuevos cauces y nuevas perspectivas.

Las organizaciones guerrilleras nacen por eso con vocación de

Ejército popular; sus combatientes empuñan las armas para librar una lucha de masas y no ignoran que nada es posible sin ellas. Son esa vocación y ese proyecto los que no sólo nos diferencia, sino que nos enfrentan a las corrientes burguesas del movimiento peronista y a sus aliados del bloque oligárquico.

10. — ¿Creen posible —o necesario— en la perspectiva de la guerra revolucionaria la constitución de un frente único que incluya a las autodenominadas organizaciones "marxistas-leninistas"?

Respuesta: Valen los elementos de la respuesta a la pregunta número seis.

11. — Creemos que uno de los principales objetivos del régimen es, hoy más que nunca, introducir una cuña entre el marxismo y el peronismo; más concretamente: entre las organizaciones marxistas-leninistas (o que se tienen por tales) y las organizaciones peronistas (o que se tienen por tales). ¿Qué piensan ustedes de ello? Consecuentemente, y en caso de respuesta afirmativa, ¿qué tipo de iniciativas pueden ser desarrolladas tendiendo a desbaratar la ofensiva del Régimen en este aspecto?

Respuesta: Efectivamente. El enemigo quiere meter una cuña entre el único método científico de interpretación de la historia —el marxismo-leninismo— y la única fuerza social argentina capaz de asumirlo con verdadera eficacia subversiva: la clase obrera peronista.

Dos actitudes aparentemente opuestas facilitan esa jugada: el macarthysmo de los que pretenden que el peronismo es una doctrina con respuestas ya elaboradas para todos los problemas de la sociedad argentina (y que contraponen esa supuesta "doctrina" a la "doctrina marxista") y el sectarismo izquierdista de los que hacen del marxismo una bandera política universal (y se proponen "purgar" el peronismo de nuestra clase obrera a fin de ponerla en condiciones para hacer la revolución).

El único modo de arruinar esa jugada es superar ambas actitudes. El mejor camino para conseguirlo que conocemos es la polémica franca, abierta y rigurosa. No dejaremos jamás de recorrerlo con quienes den pruebas de enfrentamiento de veras a los enemigos de nuestro pueblo. Iniciativas como la que los llevó a ustedes a este reportaje y a nosotros a este boletín son, a nuestro juicio, testimonios muy claros de esa fraternidad crítica.

12. — Creemos que existe entre las organizaciones armadas una relación formal, cargada, en algunos casos, de desconfianza, y no exenta de subestimación de las unas hacia las otras. Entendemos que esto es debido en cierto modo, a su diverso origen y propio de las contradicciones que se inscriben dentro del pueblo, enraizadas en nuestra historia reciente. No obstante, en la medida que tomamos conciencia de ello, vemos la necesidad de pasar a una nueva etapa, también acorde con el desarrollo que ha alcanzado la lucha. ¿Lo ven ustedes así? En caso de respuesta afirmativa, ¿creen deseable, posible o necesario ya, tomar alguna iniciativa conducente a lograr un mayor y más efectivo acercamiento? ¿Qué experiencia pueden ustedes referir o sintetizar de las relaciones mantenidas hasta hoy con otras organizaciones (nacionales) que no sean las FAP y los Montoneros?

Respuesta: Hemos comprobado que, lamentablemente, mucho de lo que ustedes describen existe todavía. En nuestro caso hemos combatido siempre el menor síntoma de ese tipo y hoy creemos estar "vacunados contra esas enferme-

dades". Pero no hay que descuidarse. En cuanto a las causas, las que ustedes apuntan juegan seguramente; pero debe pesar más que nada un cierto olvido de que siempre lo esencial es estar enfrentando en los hechos con el enemigo principal: las fuerzas oligárquicas. Si eso estuviera más presente en todas las organizaciones las diferencias entre ellas se ventilan mejor.

Las iniciativas que hemos tomado y tomaremos en esta etapa, son las que apuntan a lo enunciado en el punto número once.

Las experiencias más gratas que recordamos son las de liberación de prisioneros de organizaciones peronistas por parte del ERP (en Córdoba y Tucumán) y de compañeras de las Fuerzas Armadas de Liberación, por parte de las Fuerzas Armadas Peronistas (con nuestro apoyo y el de los Montoneros en Bs. As.

13. — Han encarado ya o piensan hacerlo y cómo la relación política ideológica y organizativa con la clase obrera y las masas populares?

Respuesta: nuestras respuestas a los puntos 1), 8), y 9) les adelantan en gran medida la que corresponde a éste: la relación política e ideológica con la clase obrera y las masas populares comienzan con el primer combate. En nuestro caso reconoce un salto de claridad alcance y eficacia a partir de nuestra asunción plena del peronismo en los primeros meses de este año.

En cuanto a la relación orgánica con ellos no la concebimos como una simple expansión del núcleo guerrillero inicial (o de los núcleos) sino que pronosticamos y verificamos un complejo proceso de complementación, progresiva vinculación y posterior engarce de esos núcleos con organizaciones y agrupaciones de activistas (en esta etapa fundamental obrera y estudiantil). Estos grupos pueden realizar o no tareas reivindicativas en sus ámbitos respectivos, pero en todos los casos han sido llevados por su propia experiencia a la conclusión de que su lucha particular se liga a una más general que compromete a todos los explotadores y vincula a la suerte de éstos, la de otros sectores sociales postergados o trabados en la satisfacción de sus anhelos e intereses económicos, sociales y culturales.

La experiencia peronista ha sido de una enorme riqueza en cuanto a esta permanente superación de lo corporativo o reivindicativo por lo político (es decir, en cuanto a la comprensión de que el problema decisivo es el del Poder que deriva del control del Estado y la de que ese Poder no se pide se conquista). En este sentido junto con el rechazo profundo del fenómeno burocrático las bases obreras y sus miembros más concientes y activos fueron descubriendo a la vez las limitaciones de una lucha ceñida al nivel económico y la imposibilidad de enfrentar con eficacia política a los enemigos de clase desde el marco de las estructuras sindicales (aprisionadas en definitiva en la trama de las instituciones del sistema).

Es allí donde arraiga la noción muchas veces intuitiva de que es preciso organizarse por la base. Hay en esa consigna una buena dosis de mentalidad defensiva en el mejor sentido del término: hay que preservarse de la delación permanente de los burócratas del manejo y la negociación oportunista con la que juegan diariamente como método. Se experimentan de ese modo formas organizativas muy próximas a la clandestinidad en las que la disciplina y la democracia interna tratan de armonizarse a toda costa. A partir de ellas se llevan a cabo las luchas cotidianas que muchas veces terminan por rebalsar el ámbito fabril o sindical y se empalman con el ámbito barrial, donde las diversas expresiones de las juventudes peronistas habían aportado ya experiencias con un estilo bastante similar, aunque pocas veces duraderas.

Por cierto las agrupaciones estudiantiles han ido haciendo también su aprendizaje: abandonada hace tiempo la "isla democrática", mas avanzado ya el proceso de comprensión del fenómeno peronista grandes sectores de la militancia estudiantil, se replantean sus formas de trabajo y se orientan hacia un empalme cada vez más directo de sus luchas con las de los trabajadores. Muchos de sus cuadros aportan hoy su esfuerzo en las organizaciones de base del peronismo.

Estas organizaciones han visto tan claro como su líder que para vencer al enemigo no basta con la aplicación eterna de la táctica del "desgaste por jaqueo". Son las que mejor han comprendido que esa táctica surgida de la carencia de otras posibilidades en los peores momentos del revanchismo gorila, debió repetirse una y otra vez durante estos 16 años ante los sucesivos fracasos en intentos de desarrollar nuevos instrumentos de lucha popular. Saben perfectamente hasta qué punto los sectores reformistas utilizados por Perón para la táctica de "negociar mientras se sigue golpeando" hacen de la misma una estrategia propia en la que lo que realmente vale es la negociación y el mantenimiento de sus privilegios.

A tal punto esto es así que hoy, cuando la lucha popular en nuestro país ha cubierto un tramo cualitativamente nuevo —el que arranca con el Cordobazo y llega hasta el presente— no es posible dejar de apreciar el papel que dichas organizaciones han jugado en el nacimiento y desarrollo de los núcleos guerrilleros peronistas. Ese papel no ha terminado en lo esencial puede decirse que recién comienza; hoy cuando la guerrilla ha demostrado una continuidad inocultable por el enemigo, cuando las organizaciones armadas peronistas han iniciado su proceso de confluencia, está en su articulación con las organizaciones de base del Movimiento la clave de la progresividad del desarrollo de la guerra popular.

El concepto de articulación expresa adecuadamente el tipo de relación que hoy puede plantearse entre las organizaciones guerrilleras y las organizaciones de base. Es útil porque deja de lado tanto la idea de unificación o fusión absoluta, como la de división del trabajo entre unas y otras. Plantearse la fusión inmediata, implicaría pasar por encima de la diversidad de formas organizativas resultante de las tareas encaradas —que aunque apuntan al mismo objetivo final— exigen todavía niveles de seguridad y recursos técnicos y humanos diferentes en cantidad y calidad; conduciría seguramente a un deterioro del rendimiento de ambos niveles.

Proponer una división del trabajo entre las organizaciones armadas y las organizaciones de base nos llevaría tarde o temprano a una disociación de lo político y lo militar; lo único que se conseguiría de ese modo sería retrasar el alza de la militarización y la capacidad organizativa, que debe operarse en las organizaciones de base (lo que se traduce en mayor técnica organizativa, mejor planificación del trabajo, mayor aprovechamiento de los recursos humanos y materiales mayor capacidad para la conducción táctica de las movilizaciones populares, menor vulnerabilidad a la represión, etc. Y se retrasaría a la vez la capacidad de las organizaciones armadas para jugar cabalmente su papel de organizaciones políticas, que debería traducirse en una línea opcional que, sin abandonar los reclamos de la infraestructura técnica, comience a incidir más de lleno en la coyuntura política, restándole impunidad a la represión y margen de maniobra a todo el enemigo.

La idea de articulación se apoya en el reconocimiento de la diversidad de los medios y la identidad de los fines que caracterizan a la